

¿EXISTE LA LITERATURA GUATEMALTECA?

Creo que si Luis Alfredo Arango estuviera vivo, y yo viniera con la pregunta: "¿Existe Guatemala?", su reacción no sería de las más calmadas, no obstante su temperamento más bien afectuoso y tendiente a la bondad. Puedo imaginarme que, de las profundidades de sus orígenes (el altiplano guatemalteco, de aire enrarecido por la altura, de frío y oscuridad llena de estrellas por las noches), habría emergido el hidalgo iracundo que conocí algunas veces, raras veces, para reclamarme la frustrería (imagino también la palabra que habría usado) de andar fantaseando inutilidades, juegos académicos, bizantinismos estridentes ante la evidencia de una tierra que empolva de amarillo los zapatos, los caites, los pies desnudos. Con él me hubiese atrevido a preguntar semejante cosa, porque lo conocía, porque había amistad. No habría tenido semejante atrevimiento con Roberto Obregón, si la oportunidad se me hubiese dado; o con Otto René Castillo, a quien no pude conocer; y ni siquiera con Manuel José Arce, con quien compartimos algunas aventuras en los últimos años de su vida. Menos con Manuel José. Tan lejos de Arango, en cierto sentido, y tan cerca, en lo que respecta a su firme apego hacia Guatemala. Era una generación que había puesto en juego su propia existencia por el país en que habían nacido.

El recuerdo de *La patria del criollo*, obra maestra de Severo Martínez regresa a la mente en forma casi espontánea. Para la oligarquía guatemalteca, la "patria" es la del criollo, la del descendiente de los españoles. Los otros habitantes del país, no obstante sean la mayoría, forman parte del paisaje. Los abundantes y no por ocio llamados "ladinos", una forma quizá más brutal para denominar a los mestizos, y la mayoría indígena, que alega descendencia de los mayas, no poseen a la patria y no son poseídos por ella. La patria pertenece a los dueños de la tierra: he aquí que lo material se vuelve metafísico. La posesión del territorio se vuelve identidad. La tierra confiere estatus étnico. Los criollos no son españoles nacidos en Guatemala. Son los verdaderos guatemaltecos. Y así como la tierra que no es trabajada se convierte en paisaje (el lago de Atitlán es "lindo" para quien no tiene que remar todos los días de una orilla a otra; el río Dulce es "hermoso" para quien no se gana la vida pescando en sus aguas) así, el verdadero dueño de la tierra es también el auténtico poseedor de la identidad nacional. Ello provoca una redefinición de "lo guatemalteco" en términos étnicos y económicos. Desde la visión oligárquica, es guatemalteco aquél de ascendencia puramente hispánica, nacido en el territorio llamado "Guatemala" y que posee la tierra, el aire, el agua, las industrias. ¿Cómo se llaman los otros que ocupan el país y que trabajan,

para la oligarquía? La gran mayoría se llaman "indios", aunque ellos rechacen tal apelativo por colonial y racista. En respuesta a tal rechazo, existen los alegatos de algunos que reclaman al indígena la supuesta falsedad de querer llamarse "mayas". Es un abuso, dicen los intelectuales afiliados al pensamiento dominante. Porque, según éstos, los "mayas" arqueológicos ya no existían en el momento de la llegada de los españoles. Hay que resignarse, no hay identidad posible para los que la buscan desde abajo. *Pulvis eris...*

Así que podemos afirmar que, en este sentido, "Guatemala" existe, como un concepto reducido y estrecho, propiedad de un solo sector de la población. Nada nuevo. Ya lo había enunciado Luis Cardoza y Aragón: "ser guatemalteco es ser apátrida". Si es verdad que la oligarquía de Guatemala, en la exageración de las estadísticas, compone una parte mínima de la población, podemos afirmar, con generosidad literaria, que casi un 80% de la población de Guatemala no llena los requisitos para ser guatemalteco. Ser guatemalteco es ser apátrida, tenía razón el maestro.

La clase oligárquica guatemalteca debe constatar que hace muchos años no produce, en el campo de la literatura, un representante de sus ideas e intereses. Lo que Gramsci llamaría un "intelectual orgánico". Periodistas nacionales y extranjeros a su servicio, los hay. Pero un literato completo, un creador de universos complejos de representación y pensamiento, como los hubo en otras épocas, no se encuentra. Hasta la generación de Asturias, Monteforte y Cardoza, los exponentes de la literatura de creación de Guatemala provenían de las filas de la "aristocracia" del país. Que Miguel Ángel Asturias y Luis Cardoza y Aragón fueran mandados por sus familias a "refinarse" a París no era un lujo que se pudiera permitir una familia de la casi inexistente clase media. Pero hasta allí llegamos. El último gran aristócrata, Manuel José Arce, traicionó a su clase, y fue a morir en el exilio, militando en la resistencia contra las dictaduras militares que implantaron a sangre y fuego el estado de cosas que hoy impera en el país.

Todo lo que viene después, es clase media a torrentadas. Su literatura es chabacana, irreverente y, a veces, de protesta social. Pero eso no es un gran pecado. Su gran pecado ha sido el no saber insertarse en el mercado internacional de la literatura en lengua española. Se ha convertido, desde ese punto de vista, en una literatura inexistente.

En efecto, ya la duda de la existencia de una literatura guatemalteca pertenece a otra visión del mundo, alejada de la posición oligárquica. Los dueños del país no pueden dudar de la existencia de sus emanaciones naturales: una producción intelectual que incluye a las artes. Puede opinar que las artes andan mal, pero no puede cuestionar su ser en el mundo. En cambio, la ambigüedad de la burguesía (la negación hegeliana) produce una dialéctica positiva y progresiva. La negación de la literatura guatemalteca entraría en esta lógica.

La duda sobre la existencia de la literatura guatemalteca obliga a una premisa precedente: la inexistencia de una nación llamada Guatemala. Me permito repetir

(ya lo he hecho, quizá demasiado) la paráfrasis de Francisco Goldmann, proveniente del film *El salario del miedo*: “Guatemala no existe. Lo digo porque yo he estado allí”. La puesta en cuestión de la existencia de Guatemala como nación única y compacta no es una extravagancia. Si examinamos la realidad geográfica de Guatemala y sus aspectos espirituales, vemos que encontramos más diferencias que semejanzas. Si vamos a una población del interior del país, en los altos del departamento del Quiché, difícilmente encontraremos una identificación con la nación guatemalteca. Será más fácil una identificación con el estatus étnico del hablante: “yo soy quiché”, dirá el interrogado. A menos que sea ladino. Entonces sí se dispara el resorte de identificación con la nación. El punto de esa cuestión está en que la mayoría de los habitantes del país son indígenas y su identidad la establecen respecto de su etnia, y no de su nación. O, por decirlo mejor, su nacionalidad está en su etnia. Esto, sin olvidar que existen poblaciones, al norte, cuya etnia es garífuna y que hablan garífuna, preferentemente, pero si han de escoger, optan por el inglés. No por el español, considerado oficialmente la sustancia lingüística de la nacionalidad guatemalteca. Por tanto, ¿cómo hacer con un país cuya mayoría de habitantes no se identifican con él, como nación, sino cada quien con su propia etnia? ¿Existe esa nación? Claro que existe, pero para sus dueños y creadores, las escasas familias de la oligarquía, y para sus duplicaciones un poco desmayadas, la minoría ladina del país. Entonces, podríamos mejorar nuestro interrogativo: ¿existe una nación llamada “Guatemala”, si sólo una parte minoritaria reconoce tal existencia? Y no todos, pues resulta palpable, en el desprecio ladino a los símbolos externos de esa nación (bandera, himno, instituciones) que goza de muy poco respeto. Delante del sentido de nación de los mexicanos, de su orgullo de ser mexicanos, los guatemaltecos parecen unos burlones irreverentes.

Una parte mínima de tal situación podría atribuirse a las condiciones desastrosas del país. Ateniéndose a las estadísticas, Guatemala es el peor país de América Hispana, y si nos ponemos en el plano latinoamericano, es segundo, en defectos, sólo después de Haití. Ciertamente, comparte desgracias con toda América Latina:

Las cifras de la CEPAL son elocuentes: en términos absolutos, el número de habitantes latinoamericanos y caribeños en situación de pobreza asciende a 210 millones, algo nunca registrado antes. Si bien la incidencia de la pobreza disminuyó en promedio del 41% al 39% del total de hogares durante el primer quinquenio de la década de los 90, este avance ha sido insuficiente para contrarrestar el incremento de la pobreza sufrido en el decenio de los 80 (del 35% al 41%). En América Latina la división de la sociedad se da en proporciones extremadamente graves: el 10% más rico ha incrementado sus ingresos treinta veces más que los más pobres en la escala social. Las cifras de la CEPAL indican que el 46% de la población no está en condiciones de satisfacer sus necesidades fundamentales, mientras que 94 millones —el 22% de la población— se encuentra

en situación de extrema pobreza. La distribución del ingreso ha sido regresiva incluso en países con amplias clases medias. En Argentina, el 20% más rico se lleva el 29,5% de los ingresos, mientras que el 20% más pobre sólo el 4,3%. Recientes cifras indican que en Chile el 57,1% del ingreso nacional es absorbido por el 20% más rico, y sólo el 3,9% corresponde al 20% más pobre (en 1992 el 20% más rico tenía el 52,4%, mientras que el 20% de la población pobre participaba del 5%).¹

y su situación comprende a la de América Central:

Nonetheless, there can be no doubt that in the 1990s numerous socio-economic problems which have affected the subregion for a long time are still to be found, among them: the productive structure it has inherited, which has very little diversification and is extremely dependent on international demand; a highly unequal income distribution model; high levels of unemployment and underemployment; a manifest lack of social equity; a high incidence of poverty; and severe environmental damage in certain territories. All these problems, taken together, represent burdensome legacies from previous decades and pose complex challenges which will have to be addressed in the future; the persistence of these problems gives grounds for supposing that conditions will continue to be favourable to emigration.²

Y sólo en lo que respecta a analfabetismo, Guatemala es el país campeón en Centroamérica: excepto Costa Rica, se puede afirmar que, en la mayoría de países, el índice de analfabetismo es superior al 10%. Un estudio de la UNESCO señala las siguientes tasas en 1995: Honduras (24,4%), El Salvador (25,9%), Nicaragua (32,8%), Guatemala (42,1%), (UNESCO, "Compendium of statistics on illiteracy", París, 1995) sin contar el analfabetismo funcional (que exige un mínimo de 6 años de escolarización) y el regresivo, que avanza día a día. Un estudio que causó escándalo en la prensa guatemalteca, el año pasado, señalaba que menos del 1% de la población leía un libro al año. Contra el 47% de los españoles, que todavía se quejan.

El hecho de que un país se encuentre en un estado desastroso no implica su inexistencia. En todo caso, la confirma. No podemos negar la existencia del concepto "Guatemala". Lo que negamos es su existencia como nación sólida, uniforme y homologada. Existen países, como Francia, que viven produciendo maquinarias culturales de compactación bajo un solo símbolo y una sola bandera. No es el caso de Guatemala, y quizá la causa de ello se encuentre en sus orígenes como nación.

¹ José Rivero H., "Reforma y desigualdad educativa en América Latina", *Revista Ibero-Americana de Educación/de Educaçao*, n. 23, OEI Ediciones, Madrid, 2000.

² Agustín Escobar Latapí, *Migration and Development in North and Central America: A Synthetic View*, International Organization for Migration (IOM) Economic Commission for Latin America and the Caribbean (ECLAC/CELADE), 1998.

Guatemala es una creación colonial. Todos los allí nacidos hemos sido educados con la convicción de que fueron los mexicanos los que bautizaron este lugar con el nombre azteca de *Quauhtemallan* o *Quautlimallan*, que los españoles declinaron en Guatemala, y que según Arriola y Recinos significa “lugar de bosques, sitio boscoso”. Podría decirse, por amor de paradoja, que Guatemala no existía antes de la llegada de los españoles, y que comienza a existir con la llegada de éstos. Bien es verdad que muchos nombres de países tienen su origen en una colonización, pero también es cierto que, una vez liberados de la colonia, sobre ese nombre se construye una nación. En nuestro caso, incluso la subdivisión geográfica es fruto de esa dominación imperial.

Pero así como una palabra no es su etimología, así tampoco un país es solamente sus orígenes. A partir de los orígenes, comienza la construcción simbólica de la nación. La cuestión que quiero proponer es la siguiente: ¿se ha realizado la construcción de la nación guatemalteca a través de la construcción de sus símbolos de identidad? Dejemos estar el himno nacional, que pocos saben y en ello hay mucha justicia, porque alberga mucha mentira. ¡Basta el inicio: “Guatemala feliz...”! De allí en adelante, el escudo, el ave nacional, la flor nacional, todo aquello que representa al país, lo que está en lugar de él, no solamente es poco conocido por los habitantes de Guatemala, sino que en muchas ocasiones es objeto de escarnio. No. No está en los símbolos artificiosos con que la oficialidad ha querido significar la esencia de la nación guatemalteca en donde encontramos a Guatemala. Está en otra parte, porque el país que se enseña en las escuelas es un fantasma inventado por la oligarquía, una sombra endeble de la cual ellos son los primeros en burlarse. Nuestros oligarcas quisieran ser españoles, quisieran ser norteamericanos, quisieran ser cualquier otra cosa, menos guatemaltecos. Porque intuyen que los signos de identidad de la nación están en otra parte diferente y diversa a la que ellos inventaron.

Para nadie es un secreto que la nación llamada Guatemala consiste en la suma de varias naciones culturales. La construcción simbólica de Guatemala está por hacerse, a partir del reconocimiento de las diferentes etnias que la componen, sin menoscabo de ninguna de ellas. Ignoro si se ha superado ya la etapa de las reivindicaciones. Aquél momento en el que cada una de las etnias reclama para sí la única y verdadera representatividad de la nación. Hasta hace pocos años, la nación era ladina o mestiza; y el proyecto de construcción de la nación pasaba por ese mestizaje. Posteriormente, y como una reacción bastante natural, se pasó al extremo opuesto. El rechazo al mestizaje produjo un fundamentalismo indígena, al que se opuso otro, no menos virulento: el fundamentalismo ladino.

Sin embargo, una reflexión cuidadosa sobre este país conduce a pensar que Guatemala no es solamente maya. Si no por otra cosa, porque las etnias mayas son variadas y diferentes, con lenguas que no siempre llegan a

comunicarse entre sí. Por desmenuzamiento, se llegaría a hablar de una nación *kek'chí*, de una nación *mam*, de una nación *tzutujil*, etc., etc. Obvio: un estado nacional se forma por agregación, no por disolución. Y así como no somos solamente mayas, no somos solamente ladinos ni solamente descendientes directos de europeos. Ni solamente descendientes de los esclavos negros traídos de Jamaica para trabajar en Belice y sus alrededores. Somos todo eso.

El reconocimiento de que Guatemala es *también* maya, *también* ladina, *también* garífuna, nos lleva a ver lo que la historia oficial no ha visto en muchos años: la coincidencia, en un mismo territorio, de culturas fronterizas. Uso el concepto de "frontera" desde el punto de vista de Zulma Palermo: "Se entiende por pensamiento de frontera el que emerge en los momentos de fractura dentro del imaginario del sistema-mundo produciendo una doble crítica (del eurocentrismo a la vez que de las tradiciones excluidas)". También Walter Mignolo: "el pensamiento fronterizo no es un híbrido en el que se mezclan felizmente partes de distintos todos. [...] surge del diferencial colonial del poder y contra él se erige".

A este punto, podemos regresar a la sugerencia inicial: "la literatura guatemalteca no existe". La existencia del concepto de "literatura guatemalteca" implica el concepto de "lo guatemalteco", del concepto de "Guatemala" como nación. Si hablamos de ello como la representación oficial que el poder oligárquico ha construido hasta ahora, estamos perfectamente de acuerdo con que esa "Guatemala", la que desconoce la existencia de los mayas y soporta con resignación la de los ladinos, ese artificio no existe. Si, en cambio, "Guatemala" y "lo guatemalteco" es entendido como un territorio fronterizo en el que coexisten, en diálogo constante, varias naciones culturales: la nación maya, la nación ladina, la nación negra y la nación hispánica, que se critican y se construyen mutuamente, sin sentir la necesidad de la mezcla, sino más bien del intercambio continuo, entonces sí que existe. La literatura guatemalteca existirá en la medida que contenga a todas las expresiones literarias, escritas u orales, de todas esas naciones. En la medida que no sea, como lo es el poder, excluyente, sino incluyente.

¿Y qué decir de la conciencia de un escritor de ser un escritor guatemalteco? ¿Puede, con validez y verdad, un escritor rehusarse a ser entendido como escritor guatemalteco (propongamos, por absurdo, la existencia de un escritor "universal")? Lo veo muy difícil. El presunto autor o autores del *Poema del Cid* o del *Cantar de Roldán* no se veían a sí mismo como fundadores de la expresión literaria de una nación. Y, sin embargo, lo eran. Quien sabe si a su pesar, el presunto Per Abatt ya representaba, sin saberlo, a naciones tan diferentes como la nación gallega, la catalana, la andaluza y la vasca (aunque esto sea rechazado por muchos vascos), dentro de la construcción simbólica de la nación española. No por nada el creador del *Cid* se movía en la vasta

tierra de nadie que mediaba entre cristianos, musulmanes y hebreos. ¿No es verdad que Luis Cernuda y Juan Goytisolo han aborrecido del ser españoles? ¡Y qué desesperadamente españoles son cuando lo hacen! Esto, para decir la inevitable perogrullada que el autor o autores del *Popol Vuh* (o *Pop Uuj*, para respetar lecciones más contemporáneas) no tenían conciencia de estar escribiendo un texto fundacional para la nación guatemalteca, en su esencia de texto fronterizo, diferente, que crea la diversidad de lo guatemalteco respecto de lo hispánico, y al mismo tiempo abre un diálogo con ello. ¿Tiene Bernal Díaz del Castillo conciencia de escribir otro texto fundacional? Y, sin embargo, lo es. Se siente legítimo guatemalteco, en cambio, Fuentes y Guzmán, como lo ha demostrado Severo Martínez, y más aún Landívar, cuya nostalgia crea una fundación simbólica de la patria que comienza con la dolorosa invocación que todos conocemos. Dolorosa es también la exclamación de José Batres Montúfar, dolorosa y profética: “cara y desventurada patria mía...” y Guatemala está presente, a veces obsesivamente, en Miguel Ángel Asturias, en Luis Cardoza y Aragón, en Mario Monteforte Toledo y en Augusto Monterroso.

Última probabilidad de inexistencia de Guatemala y su literatura: en un análisis rigurosamente materialista, deberíamos reconocer que, en la actualidad, gran juez y señor de vidas y reinos es el mercado. Mercado que se ha introducido en las rendijas más inesperadas de nuestra vida. Una de las grandes revoluciones con que inicia el siglo es la sustitución de los viejos valores de la Revolución Francesa por el predominio casi absoluto y monotemático de la economía, del monetarismo y del neoliberalismo. La mundialización de la economía crea espejismos, como el de la circulación global, independientemente de su origen, de los productos del espíritu. Según eso, bastaría que el mercado sancionara su validez, para que una obra artística cobrara relevancia mundial, independientemente (o a pesar) de su origen nacional. Ello no es verdad. Todo depende mucho de la mercantilización de la obra de arte: importa mucho lo que se produce en los centros hegemónicos, que se han multiplicado, pero que siguen siendo Nueva York, París, Milán, Londres y Madrid. E importa que la promoción cultural se ponga en marcha hasta imponer el producto y sancionar su “triumfo”, que se mide siempre en términos de mercado: difusión o venta. En este sentido, no importa si un escritor es nicaragüense o mexicano; lo que importa es dónde se coloca y desde dónde se promociona su obra. No existen las literaturas nacionales, existe el mercado. Esta es la ideología del poder. Abrazarla es abrazar el poder, y quizá obtenerlo.

Dante Liano
Universidad de Milán